

qués de Montescalros. Este señor, con la asistencia de Fr. Juan de Torquemada y otras personas inteligentes, hizo la calzada de Guadalupe y San Cristóbal, reformó la de San Antonio, y fabricó las compuertas de Mexicaltzingo, lo que bastó por entónces para que no se arruinase la ciudad.

Peligro de la ciudad y algunos reparos.

Los reparos que se habian puesto á costa de tanto gasto y fatiga en las pasadas inundaciones, eran aun muy débiles para el caso de una extraordinaria abundancia de lluvias y desborde de las lagunas. En efecto, tres años despues en el tiempo de que vamos tratando, se experimentó bien con hartó peligro de la ciudad, que nunca se habia visto tan próxima á su ruina. A las copiosísimas lluvias y crecientes de las lagunas que ya se entraban por las puertas de las casas, se añadian innumerables manantiales que brotaban dentro de los mismos edificios y en medio de las calles. Las acéquias se llenaron hasta cerrarse los ojos de los puentes. Las habitaciones de un suelo quedaron por mucho tiempo inhabitables con suma incomodidad de los pobres. En las mas altas y mas fuertes no se podia entrar ni salir. Una gran parte de los moradores habia desamparado la ciudad: á los que no fueron tan prontos no les fué despues muy fácil tomar esta resolucion, porque la fuerza y peso de las aguas rompió por varias partes las calzadas é imposibilitó por mucho tiempo la fuga. Creció la afliccion con una nueva y mas pujante avenida el dia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, que derribó muchos de los ménos fuertes edificios, y muchas casas de recreacion por la parte que mira al Sureste y laguna de Chalco. Pocos dias despues, el 2 de julio, tomó posesion segunda vez del virreinato de México el Exmo. Señor D. Luis de Velasco, á quien para distinguirlo del segundo virey de Nueva-España llamaron el jóven. Este señor, á quien la dulce memoria de su padre y la experiencia de su arreglada y cristiana conducta en el primer gobierno hacian muy amable á los mexicanos, fué recibido en la ciudad con sumo regocijo y visto desde entónces como enviado de Dios para librarla del último exterminio. Efectivamente, se aplicó desde luego con el mayor empeño á corresponder á esta expectacion. Su primer cuidado fué mandar hacer en todas las iglesias oraciones y plegarias para aplacar la ira del cielo. Tenia muy frecuentes juntas con los ministros de la real audiencia, cabildos, religiones y otras personas instruidas. Mandó asimismo publicar un bando prometiendo premios á españoles, indios ó cualquier otro género de personas que propusie-

sen algunos medios, ó inventados por su ingenio, ó hallados en los autores, ó de que tuviesen noticia haberse valido en esta ciudad ó en otra alguna del mundo en semejante calamidad. Este mismo decreto hizo leer en su palacio delante de los ministros reales á los diferentes cuerpos religiosos. Ni debemos omitir el distinguido honor que hizo S. E. á la Compañía, tanto en las demostraciones de aprecio con que los honró de palabra, como en las que se sirvió añadir al referido decreto, en que despues de haber espuesto lo que por su orden se habia practicado hasta entónces, concluye así: „Y porque de todo lo referido hice hacer relacion á esta real audiencia con los autos y papeles que sobre ello hay, y ahora el tiempo es limitado para poner en ejecucion lo que se hubiere de resolver y prevenir las cosas necesarias, habiendo propuesto el estado del negocio á ambos cabildos, eclesiástico y secular, y á algunas de las religiones de esta ciudad; me ha parecido ser de los mas importantes el parecer de algunos de los religiosos mas graves de la Compañía, el que les suplico me espongan latamente con lo que mas sintieren que conviene, así para el reparo de los daños presentes, como para el perpetuo remedio y seguridad que se pretende, con que yo tome determinacion en la obra, encomendándolo principalmente á Dios nuestro Señor, como he hecho que se haga, para que encamine lo que mas sea de su servicio, y del rey nuestro Señor, bien y conservacion de esta ciudad, &c.”

Entre tanto se tomaban todas las medidas proporcionadas para la presente necesidad, á que contribuyó el cielo de su parte, cesando repentinamente las lluvias, de modo que en los tres meses de agosto, setiembre y octubre, en que suele ser la fuerza mayor de las aguas, no hubo sino dos copiosos aguaceros. El prudente virey conoció bien que estos remedios provisionales no podian ser de mucha utilidad y duracion, y se aplicó á tratar de algun desagüe que pudiese en lo venidero la ciudad á cubierto de toda inundacion. Al principio pareció difícil y aun imposible hallarse alguno. Poco despues con la esperanza del premio se propusieron tantos, que no fué el menor trabajo reconocerlos todos y resolver por el de mayor utilidad y menos costo. La Compañía de Jesus no tuvo la menor parte en un asunto en que tanto interesaba el bien público. Al hermano Juan Lopez que tenia á su cargo la fábrica del colegio Máximo, y que bajo el humilde estado de coadjutor, ocultaba luces nada vulgares en la arquitectura, geografia é hidrostática, encargó el señor virey el reconocimiento de un des-

Proposiciones de desagüe.



agüe que á S. E. habian propuesto nueve leguas al Sureste de esta ciudad. Mientras el hermano obedecía, se proporcionaron otros mas fáciles con que hubo de dejarse aunque no sin considerable utilidad por haberse en pocos dias divertido ácia otra parte las corrientes de dos, ó tres ríos que desembocaban en la laguna de Chalco. En la multitud de desagües que se proponian encomendó el virey á los padres Pedro Mercado, Juan Sanchez y Bartolomé Santos, que con el doctor Villerrino, Henrico Martinez y otros inteligentes, fuesen á reconocer todos los que se ofrecian. Esta junta resolvió ser inútiles todos los que se señalaban de las partes de Chalco y de Texcuco, y en consecuencia de sus dictámenes por auto espedido en 23 de octubre del mismo año, se resolvió se hiciera el desagüe por la parte de la laguna de San Cristóbal Ecatepec, pueblo de Huehuetoca y sitio nombrado de Nochistongo, con que el dicho desagüe se haga de modo que por él se pueda desagüar la laguna de esta ciudad, sin que sea necesario ahondar la parte por donde ha de ir encaminada el agua desde la laguna de Citlaltepeque. Aun tomada esta resolucion no faltaron personas que impugnasen como imposible ó como inútil el desagüe de Huehuetoca. En fuerza de estas representaciones, D. Luis de Velasco volvió á cometer al padre Juan Sanchez el reconocimiento mas prolijo de todo aquel terreno. En cuatro dias, acompañado de Henrico Martinez, pesó el padre y niveló todos los rumbos que habian seguido los demás, hizo una demarcacion de México y todos los lugares vecinos, que fué una grande utilidad para todas las operaciones del desagüe. Quedó confirmado el de Huehuetoca, á que se dió principio con mil y quinientos trabajadores el dia 28 de noviembre de 1607, en que despues de haberse invocado la soberana asistencia por medio del santo Sacrificio, dió el Exmo. Sr. D. Luis de Velasco algunas azadonadas, y entre la alegría y los aplausos de la multitud se prosiguió con un ardor increíble.

Encomiéndose á la Compañía el cuidado de los trabajadores.

Tasáronse para este efecto las casas y posesiones de españoles en veinte millones doscientos y sesenta y siete mil quinientos y cincuenta y cinco pesos, que á razon de uno y medio por ciento, producian trescientos cuatro mil y cuatro pesos. Habiéndose promulgado bando para que se presentasen todos los que voluntariamente querian trabajar en la obra por su justo salario, venian de ciento en ciento de las provincias vecinas. De Tlaxcala solamente acudieron en pocos dias mas de tres mil indios, y en seis meses desde el dicho 28 de noviem-

bre hasta 7 de mayo del año siguiente, trabajaron en la obra cuatrocientas setenta y un mil ciento y cincuenta y cuatro indios, y mil seiscientos sesenta y cuatro indias cocineras. No fué el menor cuidado del virey poner buen orden en tanta multitud de operarios y en su puntual asistencia en lo espiritual y temporal. Para uno y otro le sirvió mucho el padre Juan Sanchez que asistió personalmente á la obra desde el vecino colegio de Tepotzotlán, acompañado de un hermano coadjutor. Fuera de estos dos sugetos venian de la misma casa otros los dias de fiesta á confesar en sus diversas lenguas á los indios, y juntarlos á la esplicacion de la doctrina con la misma regularidad que solia hacerse en los pueblos. No podemos omitir haberse encontrado en estas zanjas, como en algunos otros lugares de la América, algunos huesos de enorme grandeza. Fué muy singular uno que pareció ser cráneo humano de tanta magnitud, que en el vacío de las cuencas cabia una de las cabezas regulares. Este se presentó al señor virey y quedó despues por mucho tiempo en la librería de nuestro colegio de México. El padre Juan Sanchez pesó un hueso no entero que parecia ser canilla del muslo, de tres palmos de largo, y le halló de tres arrobas y algunas libras. Otros se vieron semejantes, de que se dió cuenta al general y á toda la Compañía en la annua de 1607.

La quincuagésima de este año habia comenzado en nuestra Casa Profesa el Jubileo de las cuarenta horas expuesto el Santísimo Sacramento, devotísima invencion con que la América, como en todas las otras partes del mundo, ha triunfado la fé y la piedad del libertinage, y de la disolucion que en esos dias habia introducido el mundo. Habiendo concedido poco antes la Santidad de Paulo V., y el padre general Claudio Acuviva lo pasó luego á Nueva-España, con tan feliz suceso, que en parte alguna del mundo han quedado menos resquicios de la antigua libertad y peligrosa diversion de aquellos dias. El suntuoso aparato de música y acompañamiento con que se fijaron en todas las calles públicas carteles para su promulgacion, el innumerable concurso de todo género de gentes que animaba con su ejemplo el Exmo. marqués de Montesclaros y su muger, el magnífico adorno de la Iglesia en que sola la Custodia se avaluó en mas de veinticinco mil pesos; seis coros de música, que repartidos por la Iglesia, alternaban á competencia las mas esquisitas composiciones y fomentaban la devocion del concurso con letras y tonos devotísimos; todo contribuyó á hacer esta una de las funciones mas bellas que se habian visto en México, y con-

Jubiléo de cuarenta horas.



ciliarse aquel esplendor que era necesario para apartar las gentes de los profanos espectáculos, y en que se ha conservado sin descaecer después de tantos años.

Muerte del  
P. Hernando  
Suarez.

A primero de octubre de este mismo año falleció en nuestra casa Profesa el padre Hernando Suarez de la Concha, uno de los primeros fundadores de la provincia, y de sus mas fervorosos operarios, dotado del don de la palabra en el púlpito, y de consejo en el confesionario, que partieron cuasi todo el tiempo de su vida, austerísimo consigo hasta la última vejez, cuanto apacible y suave para con sus prójimos, á quienes no hubo género alguno de necesidad en que no ayudase. Mugeres perdidas, huérfanos, pobres, enfermos, presos, todos hallaban lugar y remedio en las entrañas de su caridad. A los ejemplos y buen olor de su virtud debe la provincia los colegios de Guadalupe, Zacatecas, Puebla de los Angeles; ni tuvo poca parte en los que tiene la provincia de Michoacán y la Nueva-Vizcaya, siendo el primero que en aquellas regiones dió á conocer la Compañía. En su muerte se vieron todas las demostraciones de veneracion y de respeto con que aun los mas distraídos rinden un justo homenaje á la virtud de aquellos que por Dios han despreciado las honras de la tierra.

Muerte del  
hermano Gerónimo  
Lopez.

Semejante fervor se veia en los ministerios y estudios del colegio máximo, tanto en nuestra juventud como en los seglares de nuestras escuelas. El día 9 de abril, concluyendo el curso de filosofía, cerró tambien felizmente el de su vida el hermano Gerónimo Lopez, de 22 años de edad. Aun siendo niño dió gran trabajo á su buena madre con haberle de esconder cilicios, rayos y otras invenciones de mortificacion con que afligia su cuerpo. No fué sentido tan presto en otro género de austeridad. Por mucho tiempo, dejando dormir á los demás de la casa, desamparaba el lecho blando y delicado, y se acostaba en el suelo, hasta que una contingencia descubrió su piadosa travesura, que su madre corrigió y hubo de moderar con una severidad mezclada de mucha edificacion, y de un solidísimo consuelo. Hasta pocos dias ántes de morir que se lo prohibieron los médicos, rezó sin interrupcion el oficio parvo, y ayunó los sábados en honra de la Santísima Virgen. Su amor para con esta dulcísima madre mostró bien en la víspera de su muerte, en que teniendo en las manos una estampa de su gloriosa Asuncion, después de haber hablado con mucha devocion y espíritu de las excelencias de aquella gran Señora: Yo, dijo, deseo mucho ver á la Santísima Trinidad aunque no sea mas sino para darle gracias por los do-

nes y privilegios con que adornó la alma de la Santísima Virgen, y en el cielo este ha de ser mi perpetuo oficio. Esta utilísima devocion le mereció del Señor el don de la virginidad, que conservó ilesa hasta la muerte y una pureza tal de costumbres, que su confesion general de toda la vida en la última enfermedad, no pasó de aquellos pocos minutos que gastaba en sus ordinarias confesiones. De los estudiantes de la congregacion de la Anunciata hubo uno á quien su difunto padre habia dejado una cuantiosa herencia. A poco tiempo se halló solicitado para casar con una doncella noble, rica y hermosa á disgusto de su madre. Esta alianza le prometia mayor firmeza á su fortuna, y le proporcionaba grandes ascensos. Sin embargo, él, dando noticia de todo á su madre, y declarándole el voto que habia hecho al Señor y á su Santísima Madre de vivir en perpétua castidad, ella le persuadió á mudar de casa en que estuviese mas lejos de aquella peligrosa tentacion, y no bastando aun este medio se determinó á dejar el regalo de su casa, y las caricias y cuidados de su viuda madre, y entrar en el Seminario de S. Ildefonso, donde vivió por mucho tiempo hasta consagrarse al Señor en el servicio de sus altares. Muchos otros casos de edificacion se veian en nuestros congregantes de la Anunciata, entre quienes brillaba el ejemplo de D. Alonso Guerrero y Villaseca, nieto del fundador de aquel colegio y protector de la congregacion, que cuasi habia él fundado. Este ilustre jóven, renunciadas después todas las esperanzas que le daba su sangre, su riqueza y sus talentos, entró en la Compañía de Jesus, enriqueciéndola mas con los grandes ejemplos de sus virtudes, que su noble abuelo con la opulenta dotacion de su primer colegio. Los ministerios de hospitales estaban en su primer fervor. A las cárceles se asistia los advientos y cuaresmas, y entre año cada quince dias á confesar y explicar la doctrina. Este ejercicio era aun mas continuo en la capilla de los negros esclavos. Con un caso singular quiso Dios obrar la salud de una alma perdida, y animar el celo de nuestros ebreros. Habia oido varias veces el catecismo y las morales exhortaciones que allí se hacian, un hombre de vida estragadísima. Habia cuarenta y dos años que no se confesaba y jamás habia comulgado sino una vez, que le hubiera estado mejor no hacerlo por haber sido con mala disposicion. Despreció los toques que la divina piedad le daba al corazon las veces que oia aquellas fervorosas pláticas. En medio de sus descarrios se arrojó á atravesar incautamente un rio crecido y caudaloso. A poco que se habia apartado de la

Frutos de la  
congragacion  
de la Anun-  
ciata.



ribera, le arrebató la corriente con tal fuerza, que llevándolo á lo largo del rio, lo puso en el último conflicto. El miserable, acordándose oportunamente de la Madre de las piedades, se quitó el rosario que llevaba al cuello, y rezaba cada dia, é invocando á la Santísima Virgen y á su castísimo esposo Sr. S. José, fué llevado á un recodo que hacian las aguas, en que quebraban la fuerza y en que pudo asirse de un tronco que le salvó de aquel peligro. Las saludables reflexiones á que no habia dado lugar la turbacion, comenzaron entónces á hacerse sentir en su espíritu. Conoció el riesgo que habia pasado, el lastimoso estado de su conciencia, y el infelicitísimo destino á que le habia conducido de una eterna condenacion. Estos pensamientos le hicieron conocer mejor el grande beneficio que Dios acababa de hacerle, y le determinaron á volverse sinceramente á su Magestad por medio de una buena confesion. El suceso mostró desde luego la verdad y la firmeza de sus propósitos. Luego que llegó á la primera poblacion, á muchas leguas de México, se vistió de un áspero cilicio que determinó no desnudarse hasta haber hecho en esta ciudad una confesion general. Mes y medio le duró esta penitencia, á que añadió por este mismo tiempo un rigidísimo ayuno á pan y agua, y no dormir jamás sino en el duro suelo, como lo cumplió hasta venir en busca del padre á quien habia oido predicar. Despues de la confesion prosiguió en una gran pureza de costumbres, en frecuencia de sacramentos y en un rigor de penitencia, que fué necesario á sus confesores moderar con el tiempo.

Sermon del  
padre Martin  
Pelaez y sus  
resultas.

Para que fuesen mas agradables al Señor estos admirables frutos del colegio de México, quiso su Magestad sazonarlos con la amargura de un golpe muy sensible, no solo á este colegio, sino á toda la provincia de Nueva-España. El dia 1.º de enero del año de 1607 habia predicado en la Casa Profesa el padre Martin Pelaez, rector del colegio máximo, y hablando del nombre de Jesus, que aquel dia se impuso á nuestro Redentor, que con particular ilustracion del cielo dió S. Ignacio á la Compañía, y que tan expresa y singularmente habian confirmado y recomendado en sus bulas los soberanos Pontífices, intentó persuadir, que el haberse atribuido la Compañía este augusto nombre, no era, como podria alguno persuadirse por arrogancia ni ostentacion, sino como un recuerdo de las obligaciones grandes que profesa en servicio de Dios y de la Iglesia. Para que entendamos, decia, que hemos de seguir como soldados á nuestro capitan Jesus, que hemos de ayudarle en la grande obra de la salvacion de nuestros prójimos, pisando

sobre las huellas que él nos dejó estampadas en humildad, en pobreza, en mortificacion, y que las injurias, las afrentas, las tribulaciones, es toda la paga, que por nuestras buenas obras podemos esperar del mundo. A este asunto prosiguió, trayendo el ejemplar de los religiosos de Santo Domingo, S. Francisco y S. Agustin, que han tomado los nombres de predicadores, de doctores, de pobres evangélicos, no por alguna soberbia y jactancia, sino para memoria del instituto y regla santísima que profesan. Este sermon, de que el Exmo. Sr. marqués de Montesclaros, audiencia y religiones, salieron bastantemente edificados, fué una piedra de escándalo y una materia de ofension, para el Lic. D. Diego Landeras de Velasco, visitador de la real audiencia. No habia oido al padre Martin Pelaez; pero informado por viciosos conductos, concibió que el sermon habia sido satírico á su persona y empleo, y que pretendia impedir la tranquilidad y el buen orden de su visita. Hizo una informacion muy secreta, y á los 24 del mismo mes, mandó llamar al padre rector, enteramente ignorante de la sospecha que contra él se habia formado el visitador. Introdujéronle hasta el último gabinete, donde estaba con un secretario escribiendo. Saliéronse luego y dejaron al padre y á su compañero encerrados hasta que muy entrada la noche volvió el visitador con escribano y testigos, criados de su casa, y mandando al compañero salir de la pieza, se le notificó al padre rector, que por haber predicado el dia de la Circuncision palabras escandalosas, y en perjuicio del real servicio, le mandaba salir de estos reinos é ir á España á presentarse al nuncio de su Santidad, para que fué castigado conforme á su delito: que allí luego seria llevado á Veracruz y entregado al general de flota que le llevase y diese cuenta de su persona. Notificada esta sentencia, le hizo subir en un caballo, saliendo con él dos de sus negros, con espadas desnudas al uno y otro estribo: un alguacil con vara alta y un escribano que diese fé y testimonio de la entrega. Fué extrema la sorpresa de toda la comunidad, á la primera noticia del hermano compañero, y mayor aun la de toda la ciudad, cuando al dia siguiente se divulgó la resolucion del visitador. La declarada proteccion del virey, el favor de la real audiencia, de la inquisicion, de las religiones, la inocencia del desterrado, y el comun sentimiento de los mas distinguidos personajes, abrian brecha bastante para seguir justicia por medios muy ruidosos; sin embargo, la Compañía no emprendió mas defensa que la paciencia, el sufrimiento y el silencio. Estas armas, las únicas que el padre rector



habia usado, y quiso que usasen en su negocio, tuvieron muy en breve grande eficacia para con el visitador. Los ministros de justicia, cerca de tres horas despues de la noche, en medio de la oscuridad y por caminos desconocidos, sacaron al padre de la ciudad, sin darle lugar para llevar aun el breviario. Así habia caminado algunas jornadas, cuando llegó orden del visitador para que volviese, mandándole estar en un pueblo á tres leguas de México hasta nueva orden. En este destierro le tuvo treinta dias, despues de los cuales le restituyó á su colegio, pronunciando jurídicamente auto, por el cual le mandaba detenerse en esta ciudad hasta la partida de la flota, en que deberia embarcarse para España. En esta suspension en que cada dia habia que temer de parte del visitador, habiéndose detenido la salida de la flota, tuvo lugar el padre provincial para informar á S. M. con los testigos mas autorizados del reino, en cuya consecuencia se despacharon prontamente dos cédulas, la una al Lic. D. Diego Landeras, y la otra al padre Hdefonso de Castro, que decia así: „El Rey. Venerable y „devoto provincial de la Compañía de Jesus en la Nueva-España. En „mi consejo de las Indias, se ha recibido y visto vuestra carta de 10 de „mayo en que avisáis de la demostracion que el Lic. Diego Landeras „de Velasco del mi consejo de las Indias, y visitador de mi audiencia „de esa ciudad de México, hizo con el padre Martin Pelaez, de esa „Compañía, por lo que con tan poco fundamento le imputaron haber „dicho para estorbar la buena ejecucion de la dicha visita, en el ser- „mon que hizo en la Casa Profesa de esa ciudad, el dia de la Circun- „cision del Señor de este presente año, y he holgado, de que tan par- „ticularmente me hayáis avisado de todo lo que pasó, y el término y „proceder que tuvo el visitador con el dicho padre Martin Pelaez, lo „he sentido, y así he proveido acerca de ello lo que mas ha parecido „conveniente. De San Lorenzo 18 de octubre de 1607.—Yo, el Rey.

Mision á Sul-  
tepec.

Pasada esta borrasca echó el Señor su bendicion sobre los trabajos de nuestros operarios. Del colegio de México se hizo una fructuosísima mision á las minas de Sultepeque. Otra de la de Puebla al partido de Zacapauztla; terreno ya otras veces regado con los sudores de nuestros misioneros, y en que los beneficiados no cesaban de admirar la mudanza que en aquellas gentes habia obrado la diestra del Altísimo. En Oaxaca, fuera del fruto espiritual con españoles é indios en la Iglesia de Xalatlaco, se vió tambien de un modo muy sensible la singular proteccion de Dios, aun en los temporales intereses. No se

sustentaba aquel colegio sino de un ingenio de azúcar. Una helada general taló enteramente no solo los sembrados circunvecinos, sino aun toda la yerba que habia nacido entre la caña, quedando esta, aun tanto mas delicada, fresca y vigorosa para rendir, como rindió efectivamente una cosecha abundantísima. Cuasi al mismo tiempo hallándose la casa é Iglesia sumamente maltratada con los temblores comunes de aquel pais, movió Dios los corazones de la ciudad para socorrer con copiosa limosna la fábrica que era necesario emprender. La villa de Lagos, y muchos otros lugares de la diócesis de Guadalajara, ofrecieron al Señor frutos dignos de penitencia por las fervorosas exhortaciones de los misioneros jesuitas. Entre todos, sobresalian los gloriosos trabajos del padre Juan Ferro, incansable operario del colegio de Pátzcuaro. En una mision que hizo por este tiempo á la tierra caliente de Michoacán, confesó mas de cuatro mil almas en cinco ó seis distintas lenguas, de que si no tuvo un don milagroso, tuvo á lo ménos una prodigiosa facilidad. Los calores excesivos, los mosquitos extremadamente importunos, el continuo susto de alacranes, chinches voladoras y otras sabandijas perniciosísimas, le atrajeron junto con sus apostólicas fatigas unas tercianas de tres meses. En los intervalos que le daba la fiebre, se ocupó en aprender con sumo trabajo una de las lenguas mas bárbaras y difíciles del pais. Empeño que premió nuestro Señor con la reduccion de muchos indios que hasta entónces como otras tantas fieras no habian salido de los montes, y que el padre tuvo la felicidad de atraer á poblaciones regulares y policía cristiana, con admiracion de los mismos naturales y utilidad comun de sus ministros. En este colegio, como en el de Valladolid y Tepotzotlán, se dió tambien principio al devotísimo Jubileo de cuarenta horas, que en todas partes fué seguido de una extraordinaria conmocion de los pueblos y de maravillosas conversiones. A estos espirituales ejercicios añadieron los padres, y aun los hermanos novicios, otros de caridad y misericordia con los indios, entre quienes, singularmente otomites, se estendió poco despues una epidemia que dió mucha materia á su fervor. En casa se les preparaba el alimento y medicinas que salian á repartir los novicios, mientras los padres (á cuyo cuidado estaba ya desde el año de 1602 la administracion de aquel partido) se ejercitaban en sacramentar y ayudar los enfermos. A esta vigilancia y cuidado, se debió en gran parte el no haber sido tanto en Tepotzotlán y en sus contornos el número de los muertos en un contagio que asoló entera-

Peste en Te-  
potzotlán.

no volviendo  
al colegio



Peste en Guatemala.

mente á muchos de los pueblos vecinos; sin embargo, murieron dentro del pueblo novecientos indios, número que queríamos se notase para venir en conocimiento de la increíble disminución de sus naturales que ha padecido la América, pues novecientos indios eran entonces pocos en un lugar que en el día computará apenas trescientos.

La epidemia con que Dios había afligido á los indios de Tepotzotlán se había hecho sentir juntamente, y quizá con mas rigor en los contornos de Guatemala. En el pueblo de Xocotenango, vecino á la ciudad, habían muerto en ménos de un mes mas de mil de los indios, y proporcionalmente en los demas pueblos cercanos. La primera noticia que tuvieron los padres de aquella residencia, fué por las repetidas peticiones de mortajas á que venian á nuestra casa. El padre Gerónimo Ramirez voló al momento á su socorro. El primer lugar que visitó, lo halló cuasi enteramente despoblado. Los mas de los habitantes habían muerto: cuatro estaban sanos, y cuarenta postrados al rigor de la enfermedad. Pasó á otro y halló al marido y muger agonizando; pero lo que no pudo ver sin un extremo dolor, fueron cuatro ó cinco pábulos, que al rededor del lecho de sus padres morian también de necesidad. Dióles el buen padre de algunas cosillas que llevaba preparadas para estos lances, y determinó salir todos los dias muy de mañana, dejando el cuidado de la ciudad al padre Dávalos, para asistir á los enfermos. De estas piadosas escursiones habla así el arcediano D. Francisco Muñoz en otro capítulo de la carta que arriba hemos citado. „Salía el padre por los pueblos comarcanos, llevándome á mí siempre por su compañero, y algunos dos ó tres estudiantes, todos con alforjas llenas de pan, dulces, chocolate y otras cosillas que recogia de limosna, con que regalaba á los indios enfermos, visitándolos en sus propias chozas, confesándolos, diciéndoles Evangelios y dándoles corporal y espiritual alimento, y luego en las iglesias y cementerios rezándoles responsos á sus difuntos, como que á todo estendia su gran caridad este apostólico varon, con mucho gusto y beneplácito de los religiosos doctrieneros de aquellos pueblos. A la peste siguió muy de cerca otro azote mas universal y mas violento. Referirémoslo con las mismas palabras del padre Juan Dávalos en carta al padre provincial.

Temblores en Guatemala.

„Martes, dice, 9 de octubre, día de S. Dionisio Areopagita, á las diez de la noche, repentinamente tembló la tierra con tanta fuerza y ruido, que no parecia sino un trueno espantoso. Duró poco mas de

dos credos y pausó luego por un rato tan corto, que no pudieron ponerse en salvo los que estaban desecuidados. Despues de lo cual, repitió con la misma fuerza. Fueron estos dos de tanto horror, que fué mucha la gente que se maltrató, porque levantándose de la cama con el aturdimiento y el susto, se arrojaban algunos de los corredores y las ventanas. Entre estos, el rector del Seminario se quebró una pierna, y otro estudiante, oprimido de una tápia, perdió la vida. Acudieron luego á casa de parte del presidente, y lo mejor de la ciudad á saber cómo lo habíamos pasado, temiendo que por ser vieja la casa se nos hubiese venido encima. Quiso Dios que con la escasez de tiempo, de que andamos tan alcanzados, estábamos entrambos en pie estudiando y orando, y así pudimos bajarnos al patio, donde estuvimos toda la noche, porque en toda ella no cesó la tierra de temblar, y de cuando en cuando con fuerza. Añadióse el trabajo de estar todo este tiempo lloviendo, y así no nos podíamos defender, ni de los temblores en casa, ni de la agua en los corrales. El estrago que se vió por la mañana en la ciudad y sus merindades, fué tanto, que segun dicen, no se reparará con descientos mil ducados. No se ha podido averiguar á punto fijo el número de los muertos. En un pueblo, nos dijo el padre prior de Santo Domingo, que habían muerto veinte personas. Y en otro, estando despues del primer temblor apuntalando un lienzo de la Iglesia, tembló segunda vez y oprimió la pared once personas. Hánsese hecho á toda prisa en las casas jacales, donde habitan, porque hoy hace dos meses que no cesan los temblores, y algunos grandes. El temor que hay es mucho y lo acrecenta un cometa que se ha visto ácia el Poniente, cuasi sobre un volcán de fuego. Los conventos han quedado maltratados, especialmente el de nuestra Señora de la Merced, donde duermen los padres en jacales en la huerta, porque no hay lugar para otra cosa.

Esto es lo que toca á lo corporal de los temblores; en lo que toca á lo espiritual, sacó nuestro Señor mucho provecho. Luego el día 10 por la mañana, vino mucha gente á confesarse á casa y á otras iglesias. Despues de comer fué la ciudad y religiones á S. Sebastian, que es abogado de los temblores. El padre Gerónimo, con un compañero estudiante, y yo con otro, anduvimos confesando toda la tarde gente enferma y necesitada, que se había hecho sacar á los patios. Venimos á juntarnos con la procesion en la plaza, donde el padre Ramirez les predicó con mucho espíritu, exhortándolos á la penitencia, perdon



de injurias, &c. El fruto fué, que de allí mismo se repartieron muchos por los conventos á confesarse. En casa fué tal el concurso, que estuvimos los dos confesando hasta muy entrada la noche; y entre tanto, ni la lluvia, ni los temblores cesaban. El jueves 11 se hizo una procesion de sangre con una muy devota imágen de nuestra Señora. Salió de S. Francisco: de la procesion se quedó mucha gente, y sacando un púlpito á la plaza, se les predicó. Por mas de quince dias nuestro ejercicio era madrugar mucho para podernos encomendar á Dios, decir misa y rezar todas las horas, y á las seis abrir la Iglesia y confesar hasta las doce, y á la tarde desde las dos hasta las siete y mas de la noche, si no habia que predicar. Todos los dias siguientes hasta el 19, hubo procesiones de sangre, en que nos alternabamos á predicar, ménos el domingo 14, que á la mañana, habiéndose hecho una fiesta solemne á S. Sebastian, predicó el padre Ramirez, y á la tarde, despues de haber andado por las calles con la doctrina, predicamos los dos, uno á los españoles, y otro á los indios en su lengua. Con esto, gracias al Señor, ha sido grande la estimacion que ha cobrado en esta ciudad la Compañía, viéndonos acudir á todo, &c."—Pero lo que á esto pertenece, parecerá mejor en pluma del citado arcedeano, cuya carta dice así: „El año siguiente, de 1607, hubo en esta ciudad, dia de S. Dionisio, un gran terremoto, que maltrató mucho de la ciudad, y se continuaron los temblores por mas de cuarenta dias. Estos padres trabajaron grandemente en confesiones y sermones por las plazas, siguiéndolos todos, así españoles como indios, negros y mulatos, y fué tan grande y eficaz su santa doctrina, que redujeron á muchos pecadores á buen vivir, y á tomar estado con las mugeres con quienes habian tenido mal trato muchos años ántes. Asimismo compusieron amistades entre muchos principales, años ántes enemistados. Juntamente con esto consolaban á los pobres de las cárceles y hospitales, regalándolos con las limosnas que les hacian á ellos. Con lo cual, todos, grandes y pequeños, les tenian grande respeto, veneracion y amor, por su grande santidad, letras y buen ejemplo, y si se hubieran de escribir muchas buenas obras que á todos hicieron, seria nunca acabar.”

Sucesos de  
Parras.

Estos trabajos, aunque tan gloriosos y tan continuos, desaparecerán enteramente á la vista de nuestros lectores, respecto á las apostólicas fatigas de las misiones de gentiles. En Parras, seis misioneros luchaban con la obstinacion de innumerables idólatras, y con la inconstan-

cia y grosera importunidad de mas de cuatro mil nuevos cristianos. Cuanto eran mas apacibles y mas blandos los corazones de los laguneros, tanto era mayor la impresion que habia hecho en su débil espíritu la antigua supersticion y la pena que costaba ponerlos á cubierto de aquellos miedos pueriles, que hacian todo el fondo de la religion de sus padres. Esto lo experimentó bien el padre Francisco Arista en una corta ausencia que le fué forzoso hacer de los pueblos que administraba. En este pequeño intervalo, un jóven cacique de los mas racionales y ladinos, juntó en las primeras horas de la noche toda la gente del pueblo, y con un exordio bastantemente artificioso, les captó la atencion diciendo cuánto tiempo y cuidado les habia costado resolverse á aquella demostracion. No vengo, dijo, á hablaros de mi parte, aunque sé muy bien la autoridad y el derecho que me da para ello, mi nacimiento y mis hazañas en la guerra. Vengo expresamente mandado del demonio, que repetidas veces en figura de muger se me ha aparecido para que os enseñe lo que debeis hacer, si quereis evitar la calamidad que os amenaza. Viendo con este comienzo irregular amedrentados y atentos los ánimos, prosiguió proponiéndoles sus misterios de obscenidad y de torpeza, dignos del maestro que se los sugería, y muy conformes á las inclinaciones de su auditorio. Concluyó amenazándolos con epidemias, con hambres y con mortandad de los ancianos, si no seguian aquel nuevo plan de doctrina, ó si daban parte al misionero de cuanto les habia propuesto. Se halló por fortuna entre los oyentes un fiel temachtiani ó catequista, que hacia oficio de fiscal, que sin dejarse mover de aquellas mentiras, ni intimidar de las amenazas, pasó prontamente la noticia al padre Arista, que estaba en otro pueblo cercano. Voló luego al remedio de tanto daño, como amenazaba á su grey. Breve reconoció la mudanza. Ninguna demostracion de alegría, ninguna veneracion ni respeto. Habiéndolos juntado en la Iglesia para desengañarlos, observó en todos un aire forzado, y un ceño en los semblantes, testigo del interior desprecio y dureza de su corazon. El padre, muy diestro ya en manejar aquellos génios, viendo el poco efecto de sus palabras: quedáos, les dijo, seguid á vuestros maestros. Yo me voy, y en vano me llamareis para vuestros enfermos, vuestras sementeras y vuestros hijos. No faltarán pueblos mas fieles que reciban mejor mis palabras de salud. En efecto, acabando de predicar, haciendo de su pobre ropa un pequeño lio, y sin querer que alguno le acompañase, pasó á otro de los pueblos cer-